

Alvar Núñez Cabeza de Vaca (1507-1559). Nacido en Jérez de la Frontera, viajó a Cuba donde se unió a la malograda expedición de Pánfilo de Narváez a la Florida en 1527. Tras una gran tormenta, los expedicionarios perdieron sus embarcaciones, ancladas en una bahía floridana. Se vieron acosados por indígenas hostiles y tuvieron que huir en pequeños barcos construidos con las naves destrozadas. Los supervivientes viajaron por la costa del Golfo hasta llegar a lo que es hoy Texas. Allí murieron varios, quedando únicamente cuatro al final: Alvar Núñez y tres compañeros: Castillo, Dorantes y "Estebanico" (también llamado "el negro" en el texto de Alvar Núñez), un esclavo marroquí. Alvar Núñez describe la completa inversión del paradigma ideal de los conquistadores: en vez de dominar a los indígenas, son los dominados. De hecho, se convierten en esclavos de las tribus de esta zona del Golfo de México. Pierden todos los signos culturales exteriores de su origen europeo y adoptan la vestimenta de los indígenas. Paden hambre y en un caso —antes de que solo quedaran los últimos cuatro de la expedición— un español se convierte en caníbal, provocando la repugnancia de los indígenas, precisamente aquéllos que, según los estereotipos europeos, eran los bárbaros antropófagos. Después de varios años como esclavos, una tribu los obliga a trabajar como curanderos o chamanes (ing. *shamans*). Por el aparente éxito de sus curaciones, consiguen la libertad que les permite viajar poco a poco hacia Nueva España (es decir, el territorio que correspondía a México).

El primer pasaje aquí es el prólogo que dirige al emperador. El segundo describe una de sus curaciones, acaso la más "milagrosa" de todas. El último pasaje refiere su llegada, diez años después de salir de Cuba, a la zona del norte de Nueva España. Alvar Núñez resalta el radical desajuste entre él y sus compañeros, por un lado, y, por otro, los españoles con los que se encuentran, los cuales buscaban esclavos indios en aquellos territorios. Alvar Núñez y sus compañeros salen vestidos como indígenas, provocando la perplejidad y consternación de los españoles. Concluye su relato con una indicación sobre sus dotes como evangelizador. Si bien es verdad que el relato de Alvar Núñez describe la completa inversión de la empresa colonial, hay que recordar también que su carta de relación exhibe una retórica cuidada, como las cartas de Cortés. Al fin y al cabo, es una petición implícita para un nuevo puesto, algo que consiguió en 1540, cuando viajó a Paraguay como gobernador del Río de la Plata. Se publicaron dos ediciones de su carta, una de 1542 y otra de 1555.



**La relación y comentarios del gouernador
do Alvar nuñez cabeza de vaca, de lo acaecido en las
dos jornadas que hizo a las Indias.**

Con privilegio.

En la imprenta de los Señores M. de S. y C.

Portada de la segunda edición (1555; con los
Comentarios, sobre su estancia en Paraguay)

Proemio

Sacra, Cesárea, Católica Majestad

Entre cuantos príncipes sabemos haya habido en el mundo, ninguno pienso que se podría hallar a quien con tanta verdadera voluntad, con tanta diligencia y deseo hayan procurado los hombres servir, como vemos que a Vuestra Majestad hacen hoy. Bien claro se podrá aquí conocer que esto no será sin gran causa y razón; ni son tan ciegos los hombres, que a ciegas y sin fundamento todos siguiesen este camino, pues vemos que no sólo los naturales a quienes la fe y subjeción obliga a hacer esto, mas aún los extraños trabajan por hacerles ventaja. Mas ya que el deseo y voluntad de servir, a todos en esto haga conformes, allende la ventaja que cada uno puede hacer, hay una muy gran diferencia no causada por culpa de ellos, sino solamente de la Fortuna, o más cierto sin culpa de nadie, mas por sola voluntad y juicio de Dios, donde nace que uno salga con más señalados servicios que pensó, y a otro le suceda todo tan al revés, que no pueda mostrar de su propósito más testigo que a su diligencia, y aun ésta queda a las veces tan encubierta, que no puede volver por sí.

De mí puedo decir que en la jornada¹ que por mandado de Vuestra Majestad hice de Tierra Firme², bien pensé que mis obras y servi-

cios fueran tan claros y manifiestos, como fueron los de mis antepasados, y que no hubiera yo necesidad de hablar para ser contado entre los que con entera fe y gran cuidado administran y tratan los cargos de Vuestra Majestad, y les hace merced. Mas como ni mi consejo ni diligencia aprovecharon para que aquello a que éramos idos fuese ganado conforme al servicio de Vuestra Majestad, y por nuestros pecados permitiese Dios que, de cuantas armadas a aquellas tierras han ido, ninguna se viese en tan grandes peligros ni tuviese tan miserable y desastrado fin, no me quedó lugar para hacer más servicio de éste, que es traer a Vuestra Majestad relación de lo que en diez años que por muchas y muy extrañas tierras que anduve perdido y en cueros, pudiese saber y ver, así en el sitio de las tierras y provincias y distancias de ellas, como en los mantenimientos y animales que en ellas se crían, y las diversas costumbres de muchas y muy bárbaras naciones con las que conversé y viví, y todas las otras particularidades que pude alcanzar y conocer, que de ello en alguna manera Vuestra Majestad será servido; porque aunque la esperanza que de salir de entre ellas tuve siempre fue muy poca, el cuidado y diligencia siempre fue muy grande de tener particular memoria de todo, para que si en algún tiempo Dios nuestro Señor quisiese traerme donde ahora estoy, pudiese dar testigo de mi voluntad y servir a Vuestra Majestad.

Como la relación de ello es aviso, a mi parecer no liviano, para los que en su nombre fueren a conquistar aquellas tierras, y juntamente traerlos a conocimiento de la verdadera fe y verdadero señor y servicio de Vuestra Majestad. Lo cual yo escribí con tanta certinidad³, que aunque en ella se lean algunas cosas muy nuevas, y para algunos muy difíciles de creer, pueden sin duda creerlas, y creer por muy cierto, que antes soy en todo más corto que largo, y bastará para esto haberlo yo ofrecido a Vuestra Majestad por tal. A la cual suplico la reciba en nombre de servicio, pues éste sólo es el que un hombre que salió desnudo pudo sacar consigo.

¹ Exploración.

² Nombre vago e impreciso, que designaba el continente, en oposición a las islas.

³ Fidelidad, exactitud.

Cómo otro día nos trajeron otros enfermos

Otro día de mañana vinieron allí muchos indios y traían cinco enfermos que estaban tullidos y muy malos, y venían en busca de Castillo que los curase, y cada uno de los enfermos ofreció su arco y flechas, y él los recibió, y a puesta de sol los santiguó y encomendó a Dios nuestro Señor, y todos le suplicamos con la mejor manera que podíamos les enviase salud, pues él veía que no había otro remedio para que aquella gente nos ayudase y saliésemos de tan miserable vida; y él lo hizo tan misericordiosamente que, venida la mañana, todos amanecieron tan buenos y sanos y se fueron tan recios como si nunca hubiesen tenido mal ninguno. Esto causó entre ellos muy gran admiración, y a nosotros despertó que diésemos muchas gracias a nuestro Señor, y a que más enteramente conociésemos su bondad, y tuviésemos firme esperanza de que nos había de librar y traer donde le pudiésemos servir; y de mí sé decir que siempre tuve esperanza en su misericordia de que me había de sacar de aquella captividad, y así lo hablé siempre a mis compañeros.

[...]

y como por toda la tierra no se hablase sino de los misterios que Dios nuestro Señor con nosotros obraba, venían de muchas partes a buscarnos para que los curásemos; y al cabo de dos días que allí llegaron vinieron a nosotros unos indios de los susolas y rogaron a Castillo que fuese a curar un herido y otros enfermos, y dijeron que entre ellos quedaba uno que estaba muy al cabo. Castillo era médico muy temeroso, principalmente cuando las curas eran muy temerosas y peligrosas, y creía que sus pecados habían de estorbar que no todas veces sucediese bien el curar. Los indios me dijeron que yo fuese a curarlos, porque ellos me querían bien y se acordaban de que les había curado en las nueces, y por aquello nos habían dado nueces y cueros; y esto había pasado cuando yo vine a juntarme con los cristianos. Y así hube de ir con ellos, y fueron conmigo Dorantes y Estebanico, y cuando llegué cerca de los ranchos que ellos tenían yo vi el enfermo que íbamos a curar que estaba muerto, porque estaba mucha gente en derredor de él llorando y su casa deshecha, que es señal de que el dueño estaba muerto; y así, cuando yo llegué hallé el indio los ojos vueltos y sin ningún pulso, y con todas señales de muerto, según a mí me pareció, y lo mismo dijo Dorantes. Yo le quité una estera que tenía encima, con que estaba cubierto, y lo mejor que pude supliqué a nuestro Señor fuese servido de dar salud a aquél y a todos los otros que de ella tenían necesidad; y después de santiguado y soplado muchas veces, me trajeron su arco y me lo dieron, y una sera de tunas molidas, y lleváronme a curar a otros muchos que estaban malos de modorra, y me dieron otras dos seras de tunas, las cuales di a nuestros indios, que con nosotros habían venido; y, hecho esto, nos volvimos a nuestro aposento, y nuestros indios, a quienes di las tunas, se quedaron allá; y a la noche se volvieron a sus casas, y dijeron que aquel que estaba muerto y yo había curado en presencia de ellos se había levantado bueno y se había paseado y comido y hablado con ellos, y que todos cuantos había curado quedaban sanos y muy alegres.

Esto causó muy gran admiración y espanto, y en toda la tierra no se hablaba en otra cosa. Todos aquellos a quien esta fama llegaba nos venían a buscar para que los curásemos y santiguásemos sus hijos;

[...]

Nosotros estuvimos con aquellos indios avavares ocho meses, y esta cuenta hacíamos por las lunas. En todo este tiempo nos venían de muchas partes a buscar, y decían que verdaderamente nosotros éramos hijos del Sol. Dorantes y el negro hasta allí no habían curado; mas por la mucha importunidad que teníamos, viniéndonos de muchas partes a buscar, venimos todos a ser médicos, aunque en atrevimiento y osar cometer cualquier cura era yo más señalado entre ellos, y ninguno jamás curamos que no nos dijese que quedaba sano; y tanta confianza tenían en que habían de sanar si nosotros los curásemos, que creían que en tanto que allí nosotros estuviésemos ninguno de ellos había de morir.

[...]

Toda esta gente no conocía los tiempos por el Sol ni la Luna, ni tienen en cuenta el mes ni el año, y más entienden y saben las diferencias de los tiempos cuando las frutas vienen a madurar, y en tiempo que muere el pescado y el aparecer de las estrellas, en que son muy diestros y ejercitados. Con éstos siempre fuimos bien tratados, aunque lo que habíamos de comer lo cavábamos, y traíamos nuestras cargas de agua y leña. Sus casas y mantenimientos son como las de los pasados, aunque tienen muy mayor hambre, porque no alcanzan maíz ni bellotas ni nueces. Anduvimos siempre en cueros como ellos, y de noche nos cubríamos con cueros de venado. De ocho meses que con ellos estuvimos, los seis padecimos mucha hambre, que tampoco alcanzan pescado.

[...]

Ya he dicho cómo por toda esta tierra anduvimos desnudos; y, como no estábamos acostumbrados a ello, a manera de serpientes mudábamos los cueros dos veces en el año, y con el sol y el aire hacíanse nos en los pechos y en las espaldas unos empeines muy grandes, de que recibíamos muy gran pena, por razón de las muy grandes cargas que traíamos, que eran muy pesadas; y hacían que las cuerdas se nos metían por los brazos; y la tierra es tan áspera y tan cerrada, que muchas veces hacíamos leña en los montes que, cuando la acabábamos de sacar, nos corría por muchas partes sangre, de las espinas y matas con que topábamos, que nos rompían por donde alcanzaban. A las veces me aconteció hacer leña donde, después de haberme costado mucha sangre, no la podía sacar ni auestas ni arrastrando. No tenía, cuando en estos trabajos me veía, otro remedio ni consuelo sino pensar en la pasión de nuestro redemptor Jesucristo y en la sangre que por mí derramó, y considerar cuánto más sería el tormento que de las espinas él padeció que no aquel que yo entonces sufría. Contrataba con estos indios haciéndoles peines, y con arcos y con flechas y con redes. Hacíamos esteras, que son cosas de que ellos tienen mucha necesidad; y aunque lo saben hacer no quieren ocuparse en nada, por buscar entretanto qué comer.

Capítulo XXXIII

Cómo vimos rastros de cristianos

Después que vimos rastro claro de cristianos, y entendimos que tan cerca estábamos de ellos, dimos muchas gracias a Dios nuestro Señor por querernos sacar de tan triste y miserable cautiverio; el placer que de esto sentimos júzguelo cada uno cuando pensare el tiempo que en aquella tierra estuvimos y los peligros y trabajos porque pasamos.

Aquella noche yo rogué a uno de mis compañeros que fuese tras los cristianos, que iban por donde nosotros dejábamos la tierra asegurada, y había tres días de camino. A ellos se les hizo de mal esto, excusándose por el cansancio y trabajo, y aunque cada uno de ellos lo pudiera hacer mejor que yo, por ser más recios y más mozos. Mas, vista su voluntad, otro día por la mañana tomé conmigo al negro y once indios, y por el rastro que hallaba siguiendo a los cristianos pasé por tres lugares donde habían dormido; y este día anduve diez leguas, y otro día de mañana alcancé cuatro cristianos de a caballo, que recibieron gran alteración de verme tan extrañamente vestido y en compañía de indios. Estuviéronme mirando mucho espacio de tiempo, tan atónitos que ni me hablaban ni acertaban a preguntarme nada. Yo les dije que me llevasen a donde estaba su capitán; y así fuimos a media legua de allí, donde estaba Diego de Alcaraz, que era el capitán; y después de haberle hablado me dijo que estaba muy perdido allí, porque hacía muchos días que no había podido tomar indios, y que no había por dónde ir, porque entre ellos comenzaba a haber necesidad y hambre; yo les dije cómo atrás quedaban Dorantes y Castillo, que estaban a diez leguas de allí, con muchas gentes que nos habían traído; y él envió luego tres de a caballo y cincuenta indios de los que ellos traían; y el negro volvió con ellos para guiarlos, y yo quedé allí, y pedí que me diesen por testimonio el año y el mes y día que allí habían llegado, y la manera en que venía, y así lo hicieron. De este río hasta el pueblo de los cristianos, que se llama Sant Miguel¹, que es de la gobernación de la provincia que dicen la Nueva Galicia², hay treinta leguas.

¹ San Miguel de Culiacán, fundada por Nuño de Guzmán en 1530.

² La antigua Nueva Galicia corresponde, en su mayor parte, al actual estado de Jalisco.

Capítulo XXXIV

De cómo envié por los cristianos

Pasados cinco días, llegaron Andrés Dorantes y Alonso del Castillo con los que habían ido por ellos, y traían consigo más de seiscientas personas, que eran de aquel pueblo que los cristianos habían hecho subir al monte, y andaban escondidos por la tierra, y los que hasta allí con nosotros habían venido los habían sacado de los montes y entregado a los cristianos, y ellos habían despedido todas las otras gentes que hasta allí habían traído. Y, venidos adonde yo estaba, Alcaraz me rogó que enviáramos a llamar a la gente de los pueblos que están a vera del río, que andaban escondidos por los montes de la tierra, y que les mandásemos que trajesen de comer, aunque esto no era menester, porque ellos siempre tenían cuidado de traernos todo lo que podían, y enviamos luego nuestros mensajeros a que los llamasen, y vinieron seiscientas personas, que nos trajeron todo el maíz que alcanzaban, y traíanlo en unas ollas tapadas con barro, en que lo habían enterrado y escondido, y nos trajeron todo lo más que tenían; mas nosotros no quisimos tomar de todo ello sino la comida, y dimos todo lo otro a los cristianos para que entre sí lo repartiesen. Y después de esto pasamos muchas y grandes pendencias con ellos, porque nos querían hacer los indios que traíamos esclavos, y con este enojo, al partir, dejamos muchos arcos turquesos, que traíamos, y muchos zurrones y flechas, y entre ellas las cinco de las esmeraldas, que no se nos acordó de ellas; y así las perdimos. Dimos a los cristianos muchas mantas de vaca y otras cosas que traíamos. Vímonos con los indios en mucho trabajo porque se volviesen a sus casas y se asegurasen y sembrasen su maíz. Ellos no querían sino ir con nosotros hasta dejarnos, como acostumbraban, con otros indios; porque, si se volviesen sin hacer esto, temían que se morirían; que para ir con nosotros no temían a los cristianos ni a sus lanzas.

A los cristianos les pesaba de esto, y hacían que en su lengua les dijese que nosotros éramos de ellos mismos, y nos habían perdido muchos tiempos hacía, y que éramos gente de poca suerte y valor, y que ellos eran los señores de aquella tierra, a quienes había que obedecer y servir. Mas todo esto los indios tenían en muy poco o en nada de lo que les decían; antes, unos con otros entre sí platicaban, diciendo que los cristianos mentían, porque nosotros veníamos de donde salía el sol, y ellos de donde se pone; y que nosotros sanábamos a los enfermos, y ellos mataban a los que estaban sanos; y que nosotros veníamos desnudos y descalzos, y ellos vestidos y en caballos y con lanzas; y que nosotros no teníamos codicia de ninguna cosa, antes todo cuan-

to nos daban tornábamos luego a dar, y con nada nos quedábamos, y los otros no tenían otro fin sino robar todo cuanto hallaban, y nunca daban nada a nadie; y de esta manera relataban todas nuestras cosas y las encarecían, por el contrario, de los otros; y así les respondieron a la lengua de los cristianos, y lo mismo hicieron saber a los otros por una lengua que entre ellos había, con quien nos entendíamos, y aquellos que la usan llamamos propiamente primahaitu, que es como decir vascongados, la cual, más de cuatrocientas lenguas de las que anduvimos, hallamos usada entre ellos, sin haber otra por todas aquellas tierras.

Finalmente, nunca pudo acabar con los indios creer que éramos de los otros cristianos, y con mucho trabajo e importunación les hicimos volver a sus casas, y les mandamos que se asegurasen y asentasen en sus pueblos, y sembrasen y labrasen la tierra, que, de estar despoblada, estaba ya muy llena de montes; la cual sin duda es la mejor de cuantas en estas Indias hay, y más fértil y abundosa de mantenimientos, y siembran tres veces en el año. Tienen muchas frutas y muy hermosos ríos, y otras muchas aguas muy buenas. Hay muestras grandes y señales de minas de oro y plata; la gente de ella es muy bien acondicionada; sirven a los cristianos (los que son amigos) de muy buena voluntad. Son muy dispuestos, mucho más que los de México, y finalmente es tierra que ninguna cosa le falta para ser muy buena.

[... El capitán de la provincia, Melchor Díaz, les pide que hablen con los indígenas para que vuelvan a sus tierras, abandonadas tras los abusos cometidos por los españoles. Alvar Núñez habla a los indios del cristianismo y les insta a ser buenos cristianos....]

[114]

y, preguntados en qué adoraban y sacrificaban, y a quién pedían el agua para sus maizales y la salud para ellos, respondieron que a un hombre que estaba en el cielo. Preguntámosles cómo se llamaba, y dijeron que Aguar, y que creían que él había creado todo el mundo y las cosas de él. Tornámosles a preguntar cómo sabían esto, y respondieron que sus padres y abuelos se lo habían dicho, que de muchos tiempos tenían noticia de esto, y sabían que el agua y todas las buenas cosas las enviaba Aquél. Nosotros les dijimos que Aquel que ellos decían nosotros lo llamábamos Dios, y que así lo llamasen ellos, y lo sirviesen y adorasen como mandábamos, y ellos se hallarían muy bien de ello. Respondieron que todo lo tenían muy bien entendido, y que así lo harían; y mandámosles que bajasen de las sierras, y viniesen seguros y en paz, y poblasen toda la tierra e hiciesen sus casas, y que entre ellas hiciesen una para Dios y pusiesen a la entrada una cruz como la que allí teníamos, y que, cuando viniesen allí los cristianos, los saliesen a recibir con las cruces en las manos, sin los arcos y sin armas, y los llevasen a sus casas, y les diesen de comer de lo que tenían, y por esta manera no les harían mal; antes serían sus amigos. Y ellos dijeron que así lo harían como nosotros lo mandábamos; y el capitán les dio mantas y lo trató muy bien; y así se volvieron, llevando los dos que estaban cautivos y habían sido por mensajeros. Esto pasó en presencia del escribano que allí tenían y otros muchos testigos.

Capítulo XXXVI

De cómo hicimos hacer iglesias en aquella tierra

Como los indios se volvieron, todos los de aquella provincia, que eran amigos de los cristianos, como tuvieron noticia de nosotros nos vinieron a ver y nos trajeron cuentas y plumas, y nosotros les mandamos que hiciesen iglesias, y pusiesen cruces en ellas, porque hasta entonces no las habían hecho. E hicimos traer a los hijos de los principales señores y bautizarlos; y luego el capitán hizo pleito homenaje a Dios de no haber ni consentir hacer entrada ninguna, ni tomar esclavo por la tierra y gente que nosotros habíamos asegurado, y que esto guardaría y cumpliría hasta que Su Majestad y el gobernador Nuño de Guzmán, o el virrey¹ en su nombre, proveyesen en lo que más fuese servicio de Dios y de Su Majestad; y después de bautizados los niños, nos partimos para la villa de Sant Miguel², donde, como fuimos llegados, vinieron indios, que nos dijeron cómo mucha gente bajaba de las sierras y poblaban en lo llano, y hacían iglesias y cruces y todo lo que les habíamos mandado, y cada día teníamos nuevas de cómo esto se iba haciendo y cumpliendo más enteramente; y pasados quince días que allí habíamos estado, llegó Alcaraz con los cristianos que habían ido en aquella entrada, y contaron al capitán cómo eran bajados de las sierras los indios, y habían poblado en lo llano, y habían hallado pueblos con mucha gente, que de primero estaban despoblados y desiertos, y que los indios les salieron a recibir con cruces en las manos, los llevaron a sus casas y les dieron de lo que tenían, y durmieron con ellos allí aquella noche. Espantados de tal novedad, y de que los indios les dijeron cómo estaban ya asegurados, mandó que no les hiciesen mal, y así se despidieron. Dios nuestro Señor, por su infinita misericordia, quiera que en los días de Vuestra Majestad, y debajo de vuestro poder y señorío, estas gentes vengan a ser verdaderamente y con entera voluntad sujetas al verdadero Señor que las crió y redimió. Lo cual tenemos por cierto que así será, y que Vuestra Majestad ha de ser el que lo ha de poner en efecto (que no será tan difícil de hacer); porque dos mil leguas que anduvimos por tierra y por la mar en las barcas, y otros diez meses que, después de salidos de cautivos, sin parar, anduvimos por la tierra, no hallamos sacrificios ni idolatría. En este tiempo atravesamos de una mar a otra, y por la noticia que con mucha diligencia alcanzamos a entender, de una costa a la otra por lo más ancho puede haber doscientas leguas, y alcanzamos a entender que en la costa del Sur hay perlas y mucha riqueza, y que todo lo mejor y más rico está cerca de ella.

¹ Antonio de Mendoza (?-1552), primer virrey de Nueva España.

² San Miguel el Alto, en el estado de Jalisco.